según la gracia que el Señor os ha dado y la que en lo adelante aumentará lo cumpláis. Id, pues, hijos muy amados, con la bendición de vuestro padre, a cumplir el mandamiento que os está impuesto; armados con el escudo de la fe, con loriga de justicia, con espada de la divina palabra, con el yelmo de salud y con lanza de perseverancia, pelead con la antigua serpiente que procura detener por suyas las ánimas redimidas, con la preciosísima sangre de Jesucristo y ganadlas para ese mismo, de suerte que a todos los católicos resulten acrecentamientos de fe, esperanza y caridad y a los malos esté patente el camino de la verdad, y la locura de la herética perversidad se desvanezca y a los gentiles se muestre clara su ceguera y la luz de la fe católica resplandezca en sus corazones y recibiréis el reino perdurable. Id con la gracia de Jesucristo y rogad por mí. Dadas en el convento de Santa María de los Ángeles, a 30 de octubre, año del nacimiento de nuestro redemptor Jesucristo de 1523. Con firma y sello mayor de mi oficio. Fray Francisco de los Ángeles, general ministro y siervo.

CAPÍTULO IX. *Cómo el varón de Dios, fray Martín de Valencia, con sus apostólicos compañeros, partieron de la provincia de San Gabriel; y del viaje que tuvieron hasta llegar a esta Nueva España*

O SALE EL HALCÓN TAN LIGERO TRAS DE LA GARZA, cuando la ve remontada, ya libre de las piguelas del cazador, cuanto lo fueron los venerables fray padres Martín y sus compañeros, luego que les dio la obediencia el general para hacer su jornada; porque un corazón herido de un ahincoso deseo (y más como lo estaba el del apostólico varón fray Martín) no descansa si no es puesto en camino para conseguir sus fines. Y así, tomada la bendición de su prelado, se partieron a la provincia de San Gabriel a despacharse de algunas cosillas necesarias para su viaje; y aunque pudiera pensarse que deudos, parientes y amigos los volvía a ella, no es de creer, porque ya sus corazones, entregados a Dios, no hallaban lugar que les solazase, si no era éste de la Nueva España, para donde se habían sacrificado. Y así se detuvieron en la provincia muy pocos días. Destos padres fue necesario despachar uno a la corte del emperador, por ciertos despachos y recaudos que habían de traer a las Indias. Éste fue fray Joseph de la Coruña, que cumplía el número de trece, con el custodio fray Martín. Y siendo esto así, como dejamos visto en el nombramiento que hizo el general, de todos ellos, no sé cómo dice al autor del *Memorial* de la dicha provincia de San Gabriel,[1] que escogió once compañeros de buen espíritu, y cumpliendo el número de doce se partió para esta jornada. Si ya no es que lo dice, porque el uno dellos, que fue el padre fray Joseph,

[1] Cap. 7.

della se partió para la corte, antes de comenzar la jornada, por no haber venido a Sevilla con los doce.

Partiendo (pues) últimamente del convento de Belbis, de la provincia de San Gabriel, enderezaron su camino para Sevilla y allí llegaron tres o cuatro días antes de la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, en cuya vigilia llegó también a la dicha ciudad el ministro general, donde (porque se les dio tiempo, y lugar) estuvieron hasta la Epifanía o Pascua de Reyes; y con la detención destos pocos días que aquí estuvieron, hubo mudanza en uno de los dos compañeros legos, llamado fray Bernardino de la Torre, el cual retrocedió y volvió atrás del camino comenzado, o ya porque sentía dejar la patria y provincia conocida, o ya por temer la carrera ardua y dificultosa a que se ponía. Pero lo cierto es que no fue digno desta soberana empresa; porque como nos dice Christo, muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. Y para padecer por Dios, muchos hay que quieran, pero no todos son los que lo alcanzan; que es lo mismo que dice San Pablo de los que corren al premio, que aunque corren muchos uno solo lo lleva; y vemos que muchos desean una cosa y se les va de las manos y la ven en otras que no pensaban, así que no es de todos el alcanzar la conversión de los infieles, aunque muchos la apetezcan y quieran, sino de aquellos solos que Dios escoge, según lo secreto de sus ocultísimos secretos. Porque aunque es verdad que el mismo que escogió a los otros once compañeros, escogió a este lego, y con las mismas prevenciones, oraciones y otros requisitos para esto necesarios, fue nombrado; no importa que muchas veces sucede, que lo que un día convino, otro no convenga. También hemos visto el deseo grande que tuvo el ministro general de venir a esta conversión y no le fue concedido. Y sabemos, por lo que tenemos de certidumbre del caso, que en el Japón, los años pasados, arribó un navío con mucha gente y un religioso francisco, natural desta ciudad de Mexico, llamado fray Felipe de las Casas (y no con pensamiento de ser mártir y crucificado, como lo fue, sino de venir a esta Nueva España a ver a sus padres), Dios, que lo ordenaba de otra manera, lo llevó a Japón, donde murió con los otros religiosos que allí fueron crucificados. Y otro bendito lego, llamado fray Juan Pobre, que estaba en la tierra y se ofreció muchas veces a la muerte, con los compañeros que veía llevar a morir, jamás quisieron prenderle por muchas voces que daba y veces que les salió al encuentro, antes lo desviaban y apartaban de la compañía y lo encerraban, porque no los impidiese ni embarazase. Porque como tengo dicho, no es del que quiere por su sola voluntad, sino de Dios que lo ordena, como mejor y más a su santo servicio le parece.

Pero porque no fuese trunco y desmayado el número de doce, que a imitación de Cristo y su colegio hacía este apostolado, fue puesto en su lugar otro que se llamaba fray Juan de Palos, de la provincia del Andalucía, hombre simple, sencillo y devoto, y tal cual convenía para la compañía destos santos religiosos; a imitación de San Mathías, que fue puesto en lugar del discípulo que faltaba; y esto porque el número del apostolado

(como tengo dicho) no faltase, pues iban a ejercitar el mismo oficio apostólico.

Llegado ya el tiempo de partirse, volvieron a tomar la bendición de su prelado (que presente estaba) y llevando juntamente la del sumo pontífice Adriano VI, que por sus letras apostólicas les concedía; fuéronse al puerto de San Lúcar de Barrameda, donde se embarcaron y dieron a la vela, martes 25 de enero, año de 1524, día de la conversión del apóstol San Pablo. Y no carece de misterio que esta embarcación fuese este día, porque parece que quiso el Señor concordarse el día señalado de su embarcación con la obra que iban a hacer de la conversión a su santa fe, de un mundo nuevo de gentes, a imitación del santo apóstol, que después de la suya y hecho soldado valeroso de Cristo, comenzó por diversas partes del mundo (como leemos en las Sagradas Escrituras) y no paró hasta venir a nuestra España (donde también dice San Gerónimo, San Chrisóstomo, Theofilacto, San Gregorio, Epifanio, San Anselmo, Simeón Metafraste y otros, que predicó la divina palabra); y no pudiendo pasar de allí, por entonces, porque la voluntad de Dios era llevarle a otras partes, y es *plus ultra* de estas Indias (si por aquellos tiempos estaban pobladas, que no se sabe), estaba guardado para otro de sus apóstoles y ministros; pues es cosa averiguada y cierta que corrió por todo el orbe la predicación evangélica (como el mismo apóstol dice, alegando un dicho de David) y quedando esta memoria ya en olvido por los grandes yerros y cegueras de las gentes, no siéndole concedida esta venida y habiéndosele dicho, *non plus ultra,* que no había de pasar de allí, como debe creerse, pues sabemos de los actos de los apóstoles, que le fue dicho por el Espíritu Santo en otra ocasión, que se volviese a Jerusalén, donde le quedaban muchas cosas que sufrir y padecer y que no había de volver a ver aquellas gentes, de quien él se despedía, que en ésta le sería dada razón para volverse; y no siendo tiempo para él entonces, ordenaría en el cielo, con la majestad santísima de Dios, que estos ministros evangélicos se hiciesen a la vela en el mismo día que la iglesia santa nuestra madre celebra su conversión para que se conociese por estos apostólicos ministros que el deseo que tuvo de convertir almas, después de haberse él convertido al cristianismo, no sólo lo puso en ejecución, viviendo, pero que después de su santa muerte y gozando de los goces de la bienaventuranza eterna, está suplicando a esa divina y soberana majestad, convierta a los que no le conocen y traiga a su rebaño las ovejas que sin Dios viven descarriadas, así como le convirtió aquel día a él y lo redujo a su voluntad debajo del yugo de su evangelio.

Salieron, pues, estos santos varones este día señalado del puerto de San Lúcar, y con próspero tiempo llegaron a la Gomera, isla de las Canarias, viernes a cuatro de febrero; y tomando allí puerto, el sábado siguiente (dicha misa de Nuestra Señora por uno de ellos, en la iglesia llamada Santa María del Pallo y comulgando los demás con mucha devoción) se tornaron a embarcar; y navegando por espacio de veinte y siete días llegaron a la isla de San Juan de Puerto Rico, donde desembarcaron a tres de marzo; y habiendo allí descansado diez días y recibiendo algún refrigerio, se dieron

tercera vez a la vela en trece de marzo que fue domingo de Pasión, y fueron a la Isla Española o de Santo Domingo, donde entraron miércoles de la Semana Santa, y por ser el tiempo que era de Pascua y la ciudad de españoles, se detuvieron en ella seis semanas, al cabo de las cuales se embarcaron la cuarta vez y desembarcaron en la isla de Cuba, donde llaman la Trinidad, postrero día de abril, y allí recrearon sus cuerpos por espacio de tres días, y vueltos a embarcar la quinta vez dieron consigo en el deseado puerto de San Juan de Ulúa, que es de la tierra firme de la Nueva España, en trece de mayo del mismo año de veinte y cuatro, un día antes de la vigilia de Pascua de Espíritu Santo, con cuyo aire y celestial brisa, no faltó la necesaria de la mar en todo el viaje, que siempre con tiempo bonancible y suavidad nunca vista, ni oída en aquella carrera, vino con continuación soplando el navío.

No se tenga por superfluo y vano el poner por tan menudo y extenso los días que estos siervos de Dios pasaron en el discuros de este viaje los puertos que tomaron y lugares donde anduvieron; pues para escribirlo con las circunstancias debidas y no perder punto de los pasos que dieron, bastaba ser viaje de tan heroicos varones, enviados de Dios por medio de tan graves personas, como son el Papa y el emperador, a emprender una de las mayores conquistas que desde el principio del mundo hasta aquí se han visto, cuanto y más habiendo cosas particulares que considerar en esta su peregrinación; porque si para escribir historias profanas y henchir sus libros se aprovechan los autores de mil menudencias y de otras cosas impertinentes, pintándolas con muchos colores retóricos, mostrándose coronistas puntuales: diciendo de uno, que después de los muchos triunfos y victorias alcanzadas se iba a espaciar a la ribera del mar y a jugar y trebejar con las conchas de los caracoles, ostras y almejas, sembradas por sus playas. Y de otro que viniendo vencido de la batalla pidió a un villano un jarro de agua, cosas de poco momento; con más razón podré yo escribir estas menudencias (si así se sufre llamarlas) pues escribo historia verdadera y no fabulosa, ni imaginada de mi sola fantasía, no profana sino eclesiástica, pues trata de ministros eclesiásticos, no de capitanes de mundo y batallas temporales, sino de capitanes celestiales y divinos que se opusieron a todo el poder del infierno y con ánimo varonil y ayudados de la gracia de Dios vencieron los ejércitos infernales, haciendo contradición a los poderíos de la carne y sangre, a los príncipes de las tinieblas, triunfando dellos con grandes victorias; dejándolos tan rendidos y avergonzados que no solamente se dieron por vencidos, pero no quedaron con bríos para más acometerles.

También me da ánimo para haber expresado este viaje tan menudamente el ejemplo del glorioso San Gerónimo, que escribiendo la vida de aquella noble matrona, Santa Paula, no se desdeñó de contar con mucha curiosidad los pasos que esta santa mujer dio en la tierra de Palestina, visitando los santos lugares, las estaciones que anduvo y las palabras que habló; porque de los santos y siervos de Dios, de todo cuanto hacen hay de que hacer misterio; y así no es mucho que si quiera en la primera salida que estos evangélicos predicadores hicieron, para su larga peregrinación y alto

ministerio, se cuenten por menudo sus pasos, que a razón, si hubiera memoria y bastara el papel, todos los que dieron en el ejercicio y prosecución de tan santa obra, se habían de escribir; pero por pasar a otras cosas, que llaman con priesa y a imitación del evangelista San Juan, que puso lo nenesario de la vida, predicación y pasión de Christo, nuestro señor, dejando otras infinitas cosas de las cuales dice que no había libros en la tierra, donde todas cupieran, si se escribieran; dejo otras muchas que en este lugar cupieran, que son tocantes a excelencias destos apostólicos varones, y paso (como digo) a muchas más que importa contarlas.

Y es mucho de considerar, cerca de la salida de estos siervos de Dios de su patria, de su provincia y lugar de su morada, la similitud que tiene con la del patriarca Abraham, de su tierra y natural, por mandado de Dios, cuando le dijo:[2] sal de tu casa y tierra y de tu parentela y ven a una tierra que yo te mostraré, y hacerte he caudillo de inumerables gentes y bendecirte he y engrandeceré tu nombre y serás bendito. Y como Abraham cumplió lo que Dios le mandó y obedeció, Dios también cumplió con él su palabra, haciéndole patriarca y padre de muchas gentes. Lo mismo sucedió a estos benditos religiosos que por la obediencia desampararon la tierra de su naturaleza donde eran nacidos y la provincia donde se criaron y aprendieron la perfecta observancia de la religión y donde eran conocidos y amados por ir a tierras tan longincuas y extrañas, para donde Dios los llamaba. En pago de lo cual los hizo el mismo Dios padres y caudillos y apóstoles de inumerables pueblos y gentes, y los bendijo y engrandeció sus nombres con perpetua memoria, y serán benditos en el cielo, donde ya gozan del mismo que los premió; y en la tierra no perecerá su fama, porque (como dice David)[3] en memoria eterna será el justo. Y ésta es la diferencia que hay del justo y santo, al que no lo es, que el justo y santo, por humilde y pobre que sea, viviendo en la tierra, es grande y señalado en la corte soberana; al contrario del hombre que no es bueno, que aunque sea de sangre muy noble y haya alcanzado nombre de rey y monarca en la tierra, no se hace caudal de él en el cielo; y con su muerte muere todo cuanto ha sido y es, mueren sus fuerzas, su potencia, sus riquezas y honras, con aquel estrépito y estruendo que dice la Sagrada Escritura y dan consigo en una sepultura de eterno olvido; pero los santos, mientras más desconocidos en vida, los da Dios a conocer en muerte, y la memoria que no se hacía de ellos, viviendo, comienza entonces para siempre en todas las generaciones, muriendo, como la tendrán estos apostólicos varones. Bendito sea Dios que tales hombres escogió para que tanta multitud de almas erradas trajesen al conocimiento de su ley y evangelio y al camino de salvación.

También es de considerar que como Dios los traía por obreros escogidos de su viña, no quiso que alguno dellos peligrase, sino que como a otros hijos de Israel los trajo sanos y salvos en aquel tiempo, cuando por la extrañeza y novedad de las tierras y diversos climas solían enfermar muchos

[2] Genes. 12.
[3] Psal. 11.

y morir (como diremos adelante de los religiosos benditos del glorioso padre Santo Domingo), y los trajo también descansadamente, haciendo muchas paradas a trechos y tomando muchos puertos (que después acá no se toman, sino cuando mucho solos dos), y éste es el misterio, querer Dios que sus primeros y necesarios ministros llegasen con descanso y sin achaque de dolencia, para que luego se entregasen al cuidado que traían y ministerio que se les encomendó; y echase de ver, pues haciendo tantas paradas, tomando tantos puertos y estándose tanto en ellos en especial en el Santo Domingo, donde estuvieron seis semanas, que es poco menos de mes y medio, y venir en poco más de tres meses, que es el viaje casi ordinario de las flotas, es señal que Dios daba más vientos en aquella ocasión que los ordinarios, para que en menos tiempo de mar anduviesen las leguas que en el que se detenían en la tierra perdían. Y así llegaron buenos y sanos, y dando dello gracias a Dios, dos días antes de la Pascua de la venida de su Santo Espíritu; que era como decir que ya entraba la gracia donde tanto tiempo había que no era conocida, y que entraba la iglesia, comenzando su monarquía, como en realidad de verdad comenzó entonces; pues venía el santo fray Martín por vicario del pontífice con sus mismas veces, haciendo oficio de prelado general.

CAPÍTULO X. *De la devoción y reverencia con que el gobernador, don Fernando Cortés, recibió a los doce religiosos; acreditando, con su humildad y sumisión, la predicación del santo evangelio*

STO ES CIERTO Y AVERIGUADO, que lo que mucho se desea, es alegremente recebido al tiempo que se consigue. Esta alegría y contento recibió el gobernador don Fernando Cortés cuando supo la llegada destos religiosos que él tanto había deseado y procurado; y holgándose en el alma dio muchas gracias a Dios por esta merced tan soberana como le había concedido. Luego mandó a algunos de sus criados les saliesen al camino y los recibiesen en su nombre, y mirasen mucho por el buen comodo y regalo de sus personas; lo uno, porque no les faltase la provisión necesaria a su mantenimiento; y lo otro porque no les sucediese alguna desgracia a causa de no estar aún del todo las cosas de la tierra entabladas y firmes, por haber poco que los españoles la ganaron y los pocos que en ella había estar recogidos en Mexico y no sin recelo de alguna novedad. Y era muy fácil de creer que el demonio incitaría contra ellos a sus infernales sátrapas y ministros (como después lo hizo, en algunas ocasiones), que convocaran el pueblo que los mataran, como a los que venían a hacerle más guerra en lo espiritual que el capitán Cortés hizo en lo temporal. Porque si éste rindió los cuerpos de los indios presentes, éstos venían a conquistar y sujetar las ánimas, no sólo de los presentes que quedaron, sino